

que es un país de comicio auténtico —, y, precisamente, por haber destacado su personalidad de estadista, hasta convertirla en centro de las simpatías y de los anhelos populares, en la lucha parlamentaria inmediatamente precedente a la elección, con oportunidad de una campaña antiyanquista que él mismo inició, desarrolló y dirigió dándole remate victorioso. Fué motivo de dicha campaña un proyecto de Empréstito presentado al Congreso por el Poder Ejecutivo. Y cuenta la crónica que en uno de sus célebres discursos de aquel instante memorable llegó a expresar el concepto de que la Banca de Wall Street está constituida por una banda de salteadores, pudiéndose afirmar que si se elevase una piedra en el vacío, al descender sobre cualquiera persona con oficina en la famosa calle le rompería, de fijo, la cabeza a un gran ladrón. Ello no obstante, a su ruidosísima exaltación presidencial no se opuso ni la sombra ni la sospecha de ningún veto extranjero.

Pero es que no podría ser cierto que ningún país extranjero —, mucho menos ninguna fuerza particular extranjera —, pueda conquistar en la bella y culta *Tiquicia* influencias suficientes a controlar los destinos nacionales. Débese esta imposibilidad a que el costarricense es un patriota sin estridencias de patrioter, ni actitudes y exclamaciones teatrales. Su espíritu sencillo y ecuanime ha conformado su ambiente para el ejercicio sin violencias de las actividades individuales y colectivas en todas las esferas del trabajo honesto. El pueblo *tico*, como él mismo se llama, es esencialmente trabajador y ahorrativo; y porque sabe trabajar y ahorrar, es propietario y conservador, en su gran mayoría, y disfruta de independencia económica, que es la base de toda independencia y de la práctica, sin flaquezas, de todo ideal grande y generoso. Ni ama, ni odia la política; la acepta, filosóficamente, como una necesidad natural irremediable. En ella se distingue por su reflexión y tolerancia, hijas de su educación y de su temperamento, sin duda, pero un poco también del hecho de que todo el mundo tiene que perder y en qué ocuparse con más gusto y más provecho que en vivir detrás de los políticos incensando sus malas pasiones. Pasa sereno a través de los períodos cálidos de sus luchas electorales, consciente cada ciudadano de la efectividad de su voto, de que no habrá subterfugio capaz de desviar el resultado ambicionado por la mayoría, y conformándose el vencido con su derrota, porque la presume legal y porque para nadie envuelve la victoria una condición de vida, ni siquiera de mejor u opulenta vida, pues en aquel noble país sólo por excepción confunde un candidato su aspiración de encumbramiento público con la torpe y abominable de su enriquecimiento personal.

He aquí, en una síntesis imperfecta, las virtudes que sirven de asiento a la grandeza democrática de ese pueblo, tan pura como la de Atenas, sin sus veleidades ni sus ingratiudes, más que la de Roma, sin sus sueños de conquista ni su máquina guerrera,

y comparable en nuestros días, con toda justeza, a la insuperable y diáfana de la Confederación Helvética.

La repugnancia por el peculado es su máxima fortaleza cívica. Quienes han sido Presidentes, y sus Ministros, salvo señaladísimas excepciones escandalosamente anatematizadas por la opinión pública, han abandonado el Poder tan pobres o tan ricos, o más pobres o menos ricos que cuando lo escalaron. Un Maestro muy ilustre de esta democracia, jurisconsulto eruditísimo, Don Cleto González Víquez, después de cuatro años de ejercicio de la Presidencia, precedidos inmediatamente por cuatro años de Ministerio de Hacienda, volvió a la vida de simple ciudadano verdaderamente empobrecido, pues no sólo carecía de bienes materiales, sino que su Bufete, uno de los más prestigiosos y activos del país, había perdido toda su clientela. Allí no se concibe que mientras un abogado notable sirve en un alto cargo a la República, su Bufete quede abierto y se prevalga de la posición del Jefe para atrapar y explotar negocios turbios y jugosos. Cuando Don Ricardo Jiménez terminó su período presidencial estimábase generalmente que su patrimonio, desatendido ante el reclamo preferente de la cosa

pública, había sufrido un quebranto no menor del cincuenta por ciento del monto que tenía en la época de la elección.

La carencia del vicio del peculado y la devoción del hombre público costarricense al resguardo permanente de su reputación de hombre íntegro, combinada con su preparación cultural, de la que hablaré luego, hace de él, por regla general, un verdadero estadista con capacidad para querer y lograr el bien público, incommovible ante el halago corruptor, puntilloso y rebelde ante el acto que merme sus atribuciones legales o lo exhiba supeditado por una voluntad dictatorial. Como consecuencia de esta manera de ser, el primer documento que suscribe un hombre público costarricense, al iniciar sus funciones oficiales, es el de su propia renuncia, para mantenerla lista a la orden de las circunstancias.

Con un pueblo de tales costumbres y con hombres de esta índole, no es cosa fácil el entronizamiento de la tiranía vernácula, mucho menos el de la extranjera. Imposible, en todo caso, la perdurabilidad de una u otra.

ALEJANDRO RIVAS VÁZQUEZ.

(Concluirá en el número próximo).

Las elecciones de 1924 en Nicaragua

(Concluye. Véase el número anterior).

Yo no puedo creer que los partidos opuestos al partido de la traición en Nicaragua, especialmente el partido liberal que es el más numeroso y poderoso, adopten la política de la claudicación para obtener de Washington la garantía de la libertad y la legalidad en las elecciones de 1924. Yo no puedo creer que el partido liberal venga a la hora nona, después de tantos años de ostracismo y de despojo por Washington, a socorrer y salvar a Washington en el desastre moral de su posición en Nicaragua. Yo no puedo creer que el partido liberal esté dispuesto a comprar el poder por el precio que por el poder pagó el partido de la traición. Yo no puedo creer que todos los partidos sean traidores en Nicaragua, y que el resultado de las elecciones de 1924 llegue a ser la nacionalización del chamorrista.

No está, por lo demás, en la facultad de un partido político contraer compromisos de esta o de otra clase con el extranjero. Ningún partido puede obligar de antemano la nación y todo lo que en tales circunstancias se pacte es irregular e ilícito. Ningún partido puede obligarse, por ejemplo, a mantener la validez o la vigencia del Tratado Bryan-Chamorro; y si lo hace, comete un acto de traición, más bajo y ruín que el de los hombres de Granada.

Yo entiendo por el partido de la mayoría en Nicaragua, toda la nación, salvo la minoría de la traición, la oligarquía que Washington sostiene en el poder; y no es concebible que la nación se traicione a sí misma, entregándose a Washington.

El triunfo del liberalismo en las elecciones de 1924 en Nicaragua, si debido a pactos con Washington, sería la justificación del chamorrista y constituiría la derrota más dolorosa, más vergonzosa y más desastrosa del patriotismo, de la dignidad, del valor, de la inteligencia, del buen sentido, de la moral, de la civilización. Sería una perversión sin paralelo en la historia de la degeneración de los pueblos.

Es preciso que el partido de la mayoría en Nicaragua comprenda su misión en este momento de la historia de la república. Es preciso que sea leal a esta misión y sepa cumplirla y ser digno de ella. Es preciso que tenga la conciencia de que está llamado a grandes cosas, a grandes servicios en la oportunidad que le depara la campaña de 1924. Por el uso limpio, claro, honrado, valiente, inteligente que haga de su derecho, las más augustas deidades recibirán el soplo de la vida, la nación, la libertad, la democracia, la verdad, la paz. ¿Lo burlan y triunfan la mentira y la maldad? La experiencia lo ha endurecido para